



September 1, 2019

22nd Sunday of Ordinary Time

"Rather, when you hold a banquet, invite the poor, the crippled, the lame, the blind; blessed indeed will you be because of their inability to repay you. For you will be repaid at the resurrection of the just." Luke 14:13-14

Dear Friends;

Public health physician, Jonathan M Metzl, tells the story of Trevor. He worked twenty years as a cab driver in Tennessee. He was forty-one years old and had no health insurance. Worsening pain in his upper right abdomen forced him to finally see a physician. Trevor learned the pain was the result of an inflamed liver, the consequence of "hard-partying" and the damaging effects of Hepatitis C. Trevor was living in a low-income housing facility outside of Nashville. He was jaundiced and could only move with the assistance of an aluminum walker to alleviate the pain he felt in his stomach and legs.

Even on death's door Trevor was not angry. He staunchly held to his world view. He told Dr. Metzl, "*Ain't no way I would ever support Obamacare or sign up for it, I would rather die.*" When the doctor asked him why he felt this way even as he faced severe illness Trevor said, "*We don't need any more government in our lives. And in any case, no way I want my tax dollars paying for Mexicans or welfare queens.*" Dr. Metzl comments that Trevor's deteriorating condition resulted from the toxic effects of a dogma. That dogma told him government assistance in any form was evil and not to be trusted. Trevor voiced a willingness to die for his place in his perceived hierarchy rather than participate in a system that might put him on the same level as immigrants or racial minorities.

Banquets in the time of Jesus served several functions. In a time before refrigeration perishable items needed to be consumed before they spoiled. One way to do that was to share it with family and friends through feasting. Weddings usually took place soon after the harvest to take advantage of the abundant fresh food available.

Banquets were also symbolic displays of wealth and one's position in society. The ability to host a feast meant a family had access to land and workers. Few homes had places set aside to dine. Families usually ate on the roof or in the courtyard of the house. To host a banquet meant that the feast had to take place outside the home in the public area of the town. Host families would give places of prominence to important guests not to just honor the guest but to show off the host family's social connections. These banquets reinforced the social hierarchy of the important guests: royal or military officials, religious leaders and people of wealth and privilege.

It was expected that the people who were invited would reciprocate and invite the host family to other banquets thrown by the guests. This became a means to social connections and advancements. It promoted an elite culture. So a well-connected royal official invited to a family's wedding feast might invite the hosts to a similar feast, or even better, a royal event.

Jesus would have participated in this feasting culture. He most likely would have been one of the important guests invited. We see Jesus time and again in the Gospels stories of weddings and parties. Jesus recognized the importance of such events as useful for his mission of proclaiming the coming reign of God. He often used the image of a banquet to speak of the kingdom. Banquets could be occasions for generosity to the disenfranchised and building ties of affection.

But Jesus also recognized the problematic sides of this feasting culture—its preoccupation with one's personal position in the hierarchy. These occasions often became a calculating pursuit of status. It could be a system that gives advantage to those who already have advantages while shutting out those in need. So the remedy Jesus proposes is to practice the radical generosity of God. Pursue divine status. Focus on the return only God can make. Forget hierarchies. We are not to judge whether someone is deserving of our gift. We are only called to give generously.

Peace,

Fr Ron



1ero de Septiembre, 2019

Vigésimo Segundo Domingo en Tiempo

"Más bien, cuando celebres un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos; bendito serás debido a su incapacidad para pagarte. Porque serán reembolsados en la resurrección de los justos."

Lucas 14:13-14

Queridos Amigos;

El médico de salud pública Jonathan M Metzl cuenta la historia de Trevor. Trabajó veinte años como taxista en Tennessee. Tenía cuarenta y un años y no tenía seguro médico. El empeoramiento de un dolor abdominal en la parte superior derecha lo obligó a ver finalmente a un médico. Trevor se enteró de que el dolor era el resultado de un hígado inflamado, la consecuencia de la "mucha juerga" y los efectos dañinos de la hepatitis C. Trevor vivía en una instalación de vivienda de bajos ingresos fuera de Nashville. Tenía ictericia y solo podía moverse con la ayuda de un caminador de aluminio para aliviar el dolor que sentía en su estomago y piernas.

Incluso en la puerta de la muerte Trevor no estaba enojado. Se aferraba a su visión del mundo. Le dijo al Dr. Metzl: *"Jamás nunca apoyaría a Obamacare ni me inscribiría en él, preferiría morir"*. Cuando el médico le preguntó por qué se sentía así, incluso cuando se enfrentaba a una grave enfermedad, Trevor dijo: *"No necesitamos más gobierno en nuestras vidas. Y en cualquier caso, de ninguna manera quiero que mis impuestos paguen por mexicanos o vagos de asistencia pública"*. El Dr. Metzl comenta que la condición de deterioro de Trevor fue el resultado de los efectos tóxicos de un dogma. Ese dogma le dijo que la ayuda del gobierno en cualquier forma era malvada y que no se confiara. Trevor expresó su voluntad de morir por su lugar en su jerarquía percibida en lugar de participar en un sistema que podría ponerlo al mismo nivel que los inmigrantes o las minorías raciales.

Los banquetes en la época de Jesús cumplían varias funciones. En el tiempo antes de que existiera la refrigeración, los artículos de comida necesitaban ser consumidos antes de que se echaran a perder. Una manera de hacerlo era compartirlo con familiares y amigos a través de una fiesta. Las bodas generalmente se llevaban a cabo poco después de la cosecha para aprovechar la abundante comida fresca que estaba disponible.

Los banquetes también eran muestras simbólicas de riqueza y posición en la sociedad. La capacidad de organizar una fiesta significaba que una familia tenía acceso a la tierra y a los trabajadores. Pocas casas tenían lugares reservados para cenar. Las familias solían comer en la azotea o en el patio de la casa. Organizar un banquete significaba que la fiesta tenía que llevarse a cabo fuera de la casa en el área pública de la ciudad. Las familias anfitrionas daban lugares de prominencia a los huéspedes importantes no sólo para honrar al huésped, sino para presumir de las conexiones sociales de la familia anfitriona. . Estos banquetes reforzaban la jerarquía social de los invitados importantes: funcionarios reales o militares, líderes religiosos y personas de riqueza y privilegio.

Era esperado que las personas que eran invitadas se reciprocaran e invitaran a la familia anfitriona a otros banquetes dados por los invitados. Esto se convirtió en un medio para las conexiones sociales y los avances. Promovía una cultura de élite. Para funcionario de la realeza bien conectado invitado a la fiesta de bodas de una familia podría invitar a los anfitriones a una fiesta similar, o incluso mejor, un evento real.

Jesús habría participado en esta cultura festiva. Lo más probable es que hubiera sido uno de los invitados importantes. Vemos a Jesús una y otra vez en las historias de bodas y fiestas de los Evangelios. Jesús reconocía la importancia de tales acontecimientos como útiles para su misión de proclamar el reinado venidero de Dios. A menudo usaba la imagen de un banquete para hablar del reino. Los banquetes podrían ser ocasiones de generosidad a los desposeídos y a la construcción de lazos de afecto.

Pero Jesús también reconoció los lados problemáticos de esta cultura festiva: su preocupación por la posición personal en la jerarquía. Estas ocasiones a menudo se convertían en una búsqueda calculadora del estatus. Podría ser un sistema que dé ventaja a aquellos que ya tienen ventajas mientras que se dejaba fuera a los necesitados. Así que el remedio que Jesús propone es practicar la generosidad radical de Dios. Perseguir el estatus divino. Enfocarse en el retorno que sólo Dios puede hacer. Olvidarse de las jerarquías. No debemos juzgar si alguien es merecedor de nuestro don. Sólo somos llamados a dar generosamente.

Paz

Fr Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com